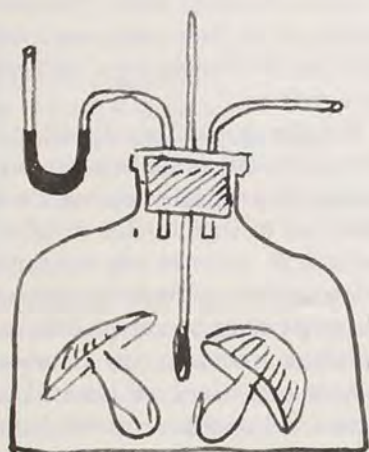


mias y triviales descuidando la armazón de la historia. Estamos ante un caso de “literatura descalza”, una novela sin planeación, sin arquitectura, elaborada (que ni siquiera construida) alrededor de naderías, ejecutada por un redactor que maneja con cierta habilidad y soltura las técnicas y herramientas mínimas, y que incluso es capaz de fragmentos bien logrados, pero con un precario sentido de la estructura, un desconocimiento profundo de la escritura literaria.



Con todo, hay que reconocer la cultura musical de Garay; los mejores pasajes del libro son aquellos en que hace gala de su capacidad de apreciación. Sin embargo, ese bagaje musical —(o más bien musicológico), si bien le permite crear ficciones musicales que son plausible y medianamente interesantes, como el *Crocodile Stomp*, o el blues de *El ratón*— no sabe aprovecharlo narrativamente. Es una lástima desperdiciar la música misma, que sólo se siente como simple ruido de fondo, pero que no llega al lector, pues el narrador no la transmite. Este no saber explotar la cultura musical en provecho de la novela termina por restringirlo todo a la melomanía; aunque temáticamente esta queda reducida a su variante más burda, la trivía musical, el fetiche, el anecdotario, el coleccionismo onanista, pero nunca, al alivio de la música misma o a la obsesiva erudición musical, pues esta no caracteriza tampoco a Efe: si bien cada referencia a cual-

quiera de los acetatos siempre se acompaña de la mención de su ficha técnica (sello, fecha y demás), es una referencia decorativa que si se quitara no se echaría de menos.

Por otro lado, tampoco es una historia verosímil, y no porque el encuentro Clapton-Feliciano hubiera sido improbable, sino por las contingencias necesarias por las cuales dicha grabación llega a las manos de Talavera, habitante de una ciudad fantasma y desleída situada entre San Francisco y Lima. Las razones por las cuales un disco de ese valor sale de Miami son gratuitas. El lector puede creer que Lino Peñalisa heredó el disco del primo, técnico de sonido el día de la grabación, pero no la razón por la cual se la ofrecen a un sencillo comerciante de discos de segunda en el Tercer Mundo.

La música como tema ya ha sido abordada por nuestra literatura en el pasado. En la reseña sobre *Opio en las nubes*, en el número 31 (1992) del Boletín Cultural y Bibliográfico, Mario Jursich enumeró algunos ejemplos que casualmente, además, fueron premiados en algunos concursos. Jursich afirmaba que “en el género hay un factor que a veces confunde al jurado y lo decide por obras cuya modernidad es ilusoria”. En el caso de *La nostalgia del melómano*, parece ser que los confundidos fueron los editores. Entre las observaciones de Jursich hay una que se puede extender a la novela de Garay en cuanto a su futuro: “si muchas novelas sobre géneros musicales y cantantes legendarios envejecen con tan pródiga facilidad es porque no integran la música, la sonoridad, la riqueza fonética al lenguaje y al tejido de las obras”.

Quizá a *La nostalgia del melómano*, a su anodina historia condimentada con melancolía de baratillo y a todos sus defectos: la narración egoísta, la inacción del protagonista, la ausencia de ironía, los personajes planos, los personajes “convenientes”, la incapacidad para transmitir una atmósfera urbana, la ausencia de sorpresas, la pobreza estructural y la incapacidad para producir placer en su lector, el único provecho que se

les saque sea el de enseñar en los talleres de escritura creativa qué no es una novela y cómo no escribirla.

CARLOS SOLER

Una nueva faja para narrar Medellín

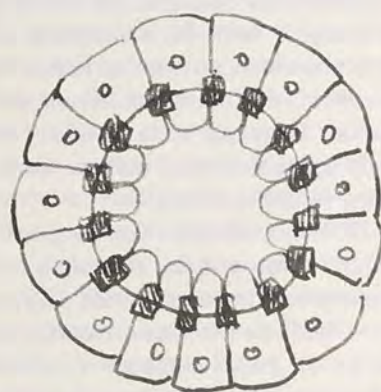
I love you putamente

Esteban Carlos Mejía

Editorial Norma,

Colección La otra orilla, Bogotá, 2007, 252 págs.

Parece una novela sin lo que en su *Arte poética* llama Horacio el *decorum* para la escritura y representación teatral de las tragedias y de las comedias. El *decorum* se resume en que si estamos en los primeros años del siglo XXI en Medellín, los personajes deben hablar, comportarse y tener conocimientos de acuerdo con su formación académica, clase social y época histórica. A menos que durante el transcurso de la obra se narre un entrenamiento que haga verosímil lo que dice el personaje o su ascenso.



Ahora, ese no es el caso de *I love you putamente*, si no hay coherencia entre lo que dicen los personajes y lo que son, es porque la narración está planeada para ser cómica por medio de estas licencias literarias que se dan cuando tenemos los siguientes personajes: Víctor Yugo,

escribiente con ambiciones literarias, lector voraz, que termina como socio y empleado de una agencia de publicidad y diseño gráfico. Sus compañeras de empresa son las dos hermanas Bahamón, Juliana y Luisa. Ambas diseñadoras, a ambas se las tira Yugo.

La coherencia cómica con la falta del *decorum* se da en entretenidas conversaciones de borracheras entre Yugo y el abogado Gallemo. Hablan sobre si se escribe para vivir o se vive para escribir. Una de las mejores preguntas que plantea el libro, muy al estilo de Vila-Matas y la metaliteratura y la autorreflexión sobre la escritura.



La sicaresca es burlada por un sicario que no es sicario porque no es capaz de matar y porque sólo se hace pasar en una estafa como tal, esto muy al estilo de Jesús Elvis Simbaqueva, el sicario morocho rastafari fallido de la película *El Colombian Dream*, que recita: “Luna que en las noches / mi cielo negro alumbra, / márame de dicha y vámonos de rumba”.

De banda sonora oyen los personajes (como con *La nostalgia del melómano* de Juan Carlos Garay, pero fijada en los años noventa y en mp3 y en discos compactos) a Fito Páez, Helenita Vargas y Aterciopelados. Yugo confía en la sentencia de Fernando Vallejo: “El amor es la gonorrea del alma”, sobre todo, cuando a pesar de amar a las hermanas dichas no logra seducir a Amelia de la Torre, la presentadora deliciosa del noticiero en que ha trabajado antes del negocio de publicidad. Entre masacres y silicona, sangre y

placer, y taxistas dementes que dicen que en cierto cerro afuera de Medellín viven Carlos Gardel, Pablo Escobar y Felipe Pirela.

“I love you putamente” dice Yugo, el hijo de la lavandera, cuando goza o sufre por igual. *I love you putamente*: el título de la novela que abre una nueva faja para narrar Medellín.

JUAN PABLO PLATA



Una novela pachuca

**Open the window
para que la mosca fly**

Jaime Espinal

Ediciones B, Bogotá, 2007, 246 págs.

Open the window para que la mosca fly —Premio Nacional de Novela de la Cámara de Comercio de Medellín 2005— de Jaime Espinal, y *Ruedas dentadas* de Germán Bula, componen las dos fallas hasta ahora en la colección de nueva narrativa de Ediciones B en Colombia. Dos errores atiborrados de juegos tipográficos y dibujos a falta de una historia bien contada: lo que en últimas es la literatura casi siempre cuando no es poesía. Son faltas crasas cuando esa misma editorial ha publicado textos de buena factura como *Las orejas del lobo* de Antonio Ungar, *De esta agua no beberé* de Margarita Posada Jaramillo, *Un cadáver en la mesa es mala educación* de Pedro Badrán Padauí y *El factor solano* de Mauricio Becerra, entre otros. Ojalá corrijan el rumbo.

Jaime Espinal cuenta la historia con conversaciones de *chat*, *spanglish*, monólogos y cartas. Sin embargo, no es suficiente mezclar todo esto y fabricar una imagen mediática de escritor fresco y desvergonzado. Hay quienes tienen la misma pose y hacen mejores novelas. Véase a Efraim Medina Reyes o Mauricio Loza. No bastan pose y relleno anecdótico en varios formatos, pues

durante la lectura me pregunté muchas veces en cuánto quedaría la novela sin los espacios en blanco, los cambios de letra y el interlineado tan generoso e incluso una página con caracteres orientales indescifrables.

El asunto de la novela es el trasegar del áter ego homónimo del autor entre Medellín y Arizona en Norteamérica, lugar en donde funge de superhéroe, sostiene un devaneo cibernético con una reina de belleza, hace amistad con seis botellas de cerveza, mientras llega el tedio que lo hace volver a Colombia y cumplir la teoría de cierta frase: “Estados Unidos es un buen país para hacer plata pero Colombia es un buen país para vivir rico”.

Hay dos momentos valiosos en el libro en medio de tanta pobreza literaria. El primero se da cuando se ridiculiza la superstición religiosa católica de quienes ven imágenes divinas en las rajaduras oxidadas de una nevera o en una arepa e inician un culto con romería. Otro momento es la sana chanza al Festival Internacional de Poesía de Medellín, cuando Espinal habla del día en que todos los poetas de esa ciudad desaparecieron. De resto la novela cae en un bajo nivel, se torna aburrida en extremo más allá de cualquier exigencia tradicionalista o purista a una narración que Gustavo Álvarez Gardeazábal calificó como excepcional por audaz en el programa de radio La Luciérnaga. Cada tanto un juego de palabras, un chiste flojo o un estereotipo sirven al sostenimiento de una leve trama, muy al estilo de cualquier serie de dibujos animados estadounidense (*Los Simpson*, *Padres de Familia*), en que la totalidad de la comunidad estadounidense es representada por un hombre que pasa la mitad de su vida viendo televisión, tomando cerveza y comiendo comida rápida.

Para acabar, repito que la novela que atañe esta reseña es de regular factura, pero digo también que el autor antes publicó *Skudmart: química con la muerte*, en el Fondo Editorial de Eafit; una novela empresarial mejor lograda, de la que se oyen buenos comentarios en facultades de